



REPORTAJE

Programa de animación a la lectura

por Puri Biniés*

Ricardo Alcántara y Pilarín Bayés han sido dos de los escritores e ilustradores que han querido compartir su tiempo con los alumnos de EGB y Preescolar de las escuelas públicas de Terrassa. Por segundo año consecutivo se organizan en esta localidad unas charlas-colquio que pretenden acercar el mundo literario y de la ilustración a los niños. Se trata, en definitiva, de despertar en los más jóvenes la afición a la lectura.

Escritores e ilustradores visitan las aulas

Los chicos y chicas de séptimo curso del colegio público Les Fonts miraban con curiosidad a ese señor que charlaba con sus profesores mientras ellos iban tomando asiento. «Es él, seguro», «pensaba que sería más mayor», «pues parece una persona normal, como cualquier otra»... Y estaban en lo cierto, era él, Ricardo Alcántara, la persona que había escrito e inventado todas aquellas divertidas intrigas del libro *14 de febrero*, *San Valentín*, o la bonita historia del

pájaro azul y el indio Guaraçú. Los ojos de esta veintena de chicos y chicas de séptimo de EGB continuaban fijos en el escritor, sus presencia allí, en carne y hueso, les parecía algo mágico o, por lo menos, asombroso...; les costaba creer que esa persona que tenían delante fuese la que había imaginado e inventado todas aquellas aventuras que ellos, más que leer, casi casi habían protagonizado... Así que continuaron mirándolo durante un buen rato como si se tratara de un auténtico marciano.

Con los pequeños, más ajenos a todo eso de la admiración y la fama y bastante más espontáneos, fue muy diferente. Cuando la ilustradora Pilarín Bayés, con su eterna sonrisa auestas, abrió la puerta de la clase de P-5 del colegio público Juan XXIII, los pequeños se abalanzaron sobre ella dejando con el cuento en la boca a su profesor.

El «te hemos visto en la tele» o el «dibujas muy bien, Pilarín Bayés» iban acompañando al reparto de besos que los niños se habían empeñado en descargar sobre la ilustradora. Hacía ya algunas semanas que espe-

raban su visita, que miraban cuentos con sus dibujos..., y justo el día de antes la habían visto en un vídeo.

Un trabajo previo

«Actividades para la animación de la lectura» es el programa que, en el marco del Plan Intensivo de Normalización Lingüística, desarrollan conjuntamente el Departamento de Enseñanza de la Generalitat y el Servicio Municipal de Educación del Ayuntamiento de Terrassa.

Se trata, sobre todo, de animar, de estimular a los niños para que desarrollen el gusto por la lectura, la afición a devorar libros, el deseo de sumergirse y dejarse llevar por la magia, la intriga, o la belleza de esos cientos de historias que se explican en los libros. Y estos encuentros de escritores e ilustradores con los alumnos de los distintos niveles de la EGB no dejan de ser una fuente de motivación, de interés, para animar a estos chicos y chicas del mundo de la imagen a mantener un libro, plácidamente, entre sus manos.

Un total de quince escuelas públi-

cas de la localidad vallesana participan este curso en el programa. Pero no se trata sólo de apuntarse y participar en la sesión. «Pedimos a las escuelas», señala Rosa Vacas, responsable del Servicio Municipal de Educación, «un trabajo previo de motivación entre los alumnos, de esta manera las sesiones con el escritor o con el ilustrador son mucho más enriquecedoras para todos».

De ahí que cuando Ricardo Alcántara llegó a la sala-biblioteca del colegio Les Fonts encontrara, además de una pancarta de bienvenida, una exposición de todos sus libros, las paredes decoradas con dibujos de las portadas, un «auca» (historieta con dibujos y en verso) de su libro *14 de febrero, San Valentín*, leído por todos los niños, y un bombardeo de preguntas destinadas a desvelar algo más los secretos del enigmático oficio de escritor. Todos los niños de la clase habían leído por lo menos un libro suyo, y los más entusiastas de la lectura hasta dos y tres, teniendo en cuenta que la alumna encargada de la biblioteca, por propia iniciativa y en el revuelo de la anunciada visita, informó rápidamente al resto de la clase de todos los libros de Ricardo Alcántara que tenían a su disposición en la biblioteca. Y precisamente con el objetivo de motivar todo este trabajo previo, los responsables del programa facilitan en préstamo un ejemplar por alumno de un determinado libro del escritor o del ilustrador, además de un dossier para el maestro con orientaciones didácticas sobre diversas actividades de animación a la lectura.

Dado que la lectura que realizan los más pequeños es básicamente una lectura de la imagen, los encuentros con los ilustradores se han reservado para los cursos de Preescolar y ciclo inicial. A partir de ciclo medio la mayoría de



chicos, salvo algún que otro dibujante empedernido, muestran ya mayor interés por el argumento de la historia que por esas, cada vez más escasas, ilustraciones que la acompañan.

Un simpático «come libros», con dientes troquelados para engullir más rápidamente las páginas, se reparte entre los alumnos que han participado en el programa, él será un nuevo elemento motivador, a posteriori y ya en el propio domicilio de cada uno, en esta tarea de despertar la afición a la lectura.

El día «D»

Ante una treintena de niños expectantes que habían ido tomando asien-

to con las miradas fijadas en él, Ricardo Alcántara se dispuso a explicar brevemente su historia. Nacido bajo el signo de sagitario en el Uruguay, reconoce haber sido un chico con suerte durante su infancia por dos razones fundamentales: vivir en un país en el que sólo se iba a la escuela por la mañana, por lo que podía dedicar toda la tarde a jugar, y tener una adorable abuela, siempre dispuesta a jugar con él y a enseñarle multitud de cosas. Aquellos estudios de psicología, su primer libro autofinanciado de poesía, aquel premio para su entrañable *Guaraçú*, su primer cuento infantil, el viaje a España, su decisión de instalarse en Barcelona, añorado del mar, y la intensa emoción de ese pri-

mer libro publicado después de tantas puertas de editorial cerradas, fue haciendo del «escritor-marciano» una persona de carne y hueso a la que no tardaría en caerle encima el arsenal de preguntas preparadas por los chicos.

El «¿quién te corrige las faltas de ortografía?, de un alumno asombrado por tantas líneas sin una falta, la curiosidad por saber si lee libros de otros autores, si ha escrito algún libro de miedo, si piensa seguir escribiendo cuando se jubile, o si prefiere como protagonistas a los animales que a las personas, curiosidad de un lector algo mayorcito ya para imaginar sin recelos un divorcio entre animales, fueron poniendo en sucesivos compromisos al autor.

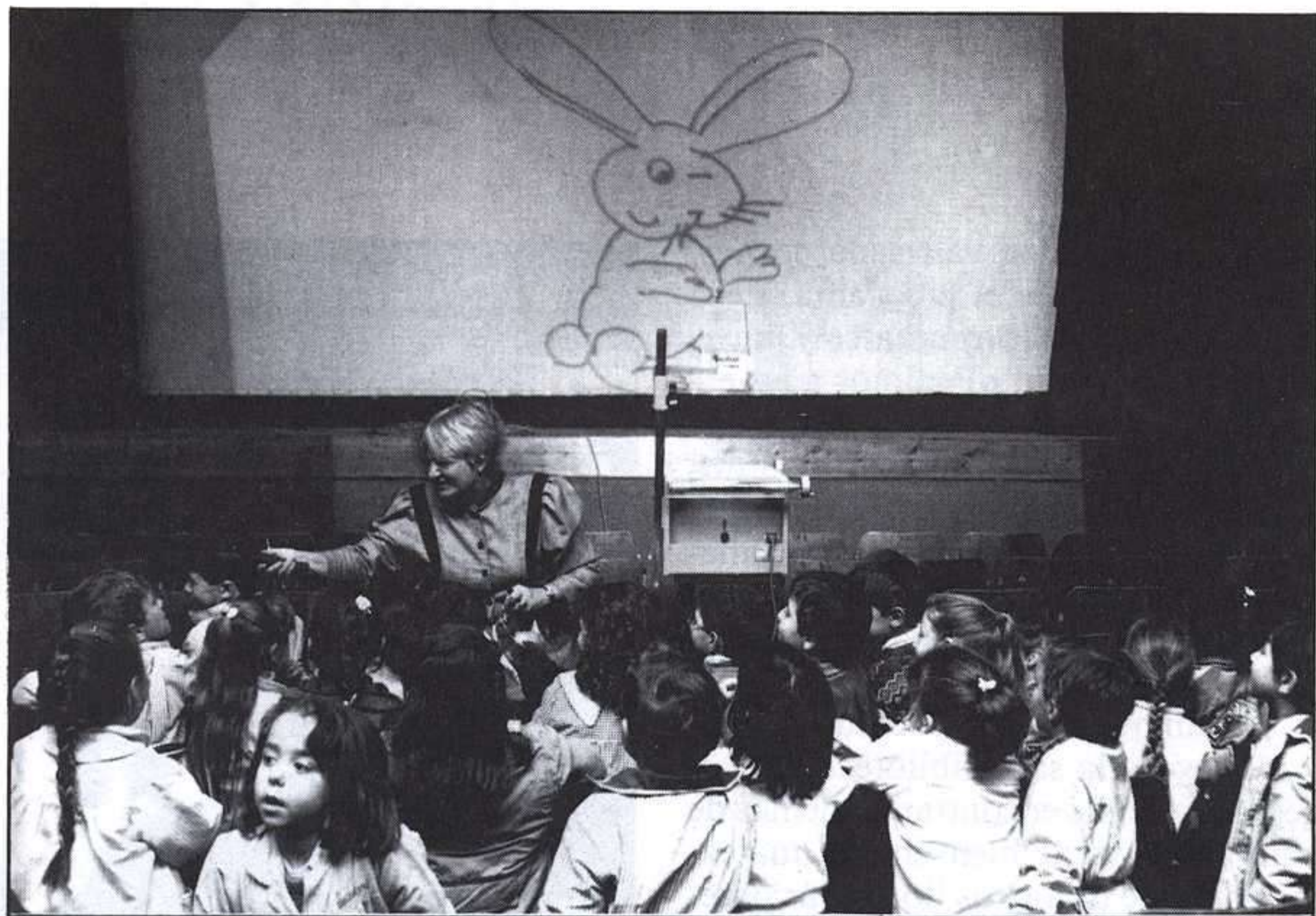
Ricardo Alcántara, que escribe para niños porque «encuentro su mundo mucho más atractivo que el de los adultos», considera que estas sesiones en las escuelas son tan enriquecedoras para los niños como para él mismo, no en vano aprovecha la ocasión para conocer la opinión de los chicos sobre el nada convencional final de *14 de febrero, San Valentín*, un final que, dicho sea de paso, a todos encantó.

El país de los dibujos

«Tú dibujas mucho mejor que nosotros», insistía Josep, de cinco años, mientras Pilarín redondeaba el parche del pirata. La ilustradora se había comprometido a regalar un dibujo a cada una de las clases de Preescolar ya que, desafortunadamente, los «fuets» de su Vic natal (longaniza típica de esta localidad) se habían sorteado entre las clases de ciclo inicial y para los más pequeños ya no quedaba nada.

Los propios niños se encargaron de pedir los dibujos que querían. Las dos clases de P-5, que se habían disfrazado de piratas para carnaval, pidieron un pirata y una pirata; y para los de P-4, que iban de indios, la pareja india correspondiente.

Ante el descontento de la pequeña



Irene porque al pirata lo había dibujado con parche y en cambio a la pirata la quería dibujar con los dos ojos, la ilustradora tuvo que acabar por convertir también en parche el ojo de la pirata, pero se negó, eso sí, a ponerle a la pobre una pata de palo; a cambio, le pondría un loro: los de una clase tendrían un pirata con pata de palo y los de la otra una pirata con loro. Y los niños encantados.

Encantados también cuando iban viendo en la pantalla gigante de la pared los bonitos dibujos que Pilarín Bayés iba trazando desde el retroproyector. Aquel demonio simpático, «como vosotros», aquel Pinocho al que se le alargaba extraordinariamente la nariz, o aquella princesa, tan fea y tan poco princesa, que tanto les hizo reír. Y es que, como decía Pilarín Bayés a los niños, «el dibujo es mágico, dibujando puedes hacer todo, absolutamente todo, lo que te imaginas».

Cuando en la pantalla gigante apareció la imagen de un indio los alumnos de Preescolar no pudieron contener su emoción, los gritos al unísono de «¡un indio!», «¡un indio!», fueron sustituidos paulatinamente por aque-

lla canción, recién aprendida en la escuela, del pequeño indio John Brown. Y ya sólo les faltó el dibujo de un pirata barbudo para hacer realidad sus héroes del momento y cantar a voz en grito aquello de «los piratas somos el peligro del mundo...». Los pequeños se pasaron la sesión repitiendo una y otra vez a Pilarín Bayés espontáneos «qué bien dibujas», «dibujas muy bien», «sabes dibujar mucho», «dibujas mejor que nosotros», o indiscretos «el Enrique de mi clase no sabe dibujar casi», mientras algunos más recuperados de la admiración pasaban a preguntarle un interesante «quién te enseñó a dibujar», con la eterna coletilla del «así de bien».

Al final de la sesión, Pilarín Bayés, tan contenta y risueña como los niños, recogía encantada un regalo muy especial: un álbum lleno de retratos de la ilustradora dibujados por los propios niños. Pero a este regalo se sumaría aún otro, el «¿vendrás mañana otra vez?», de varios mocosos que tiraban de su manga. ■

* Puri Biniés es periodista.